

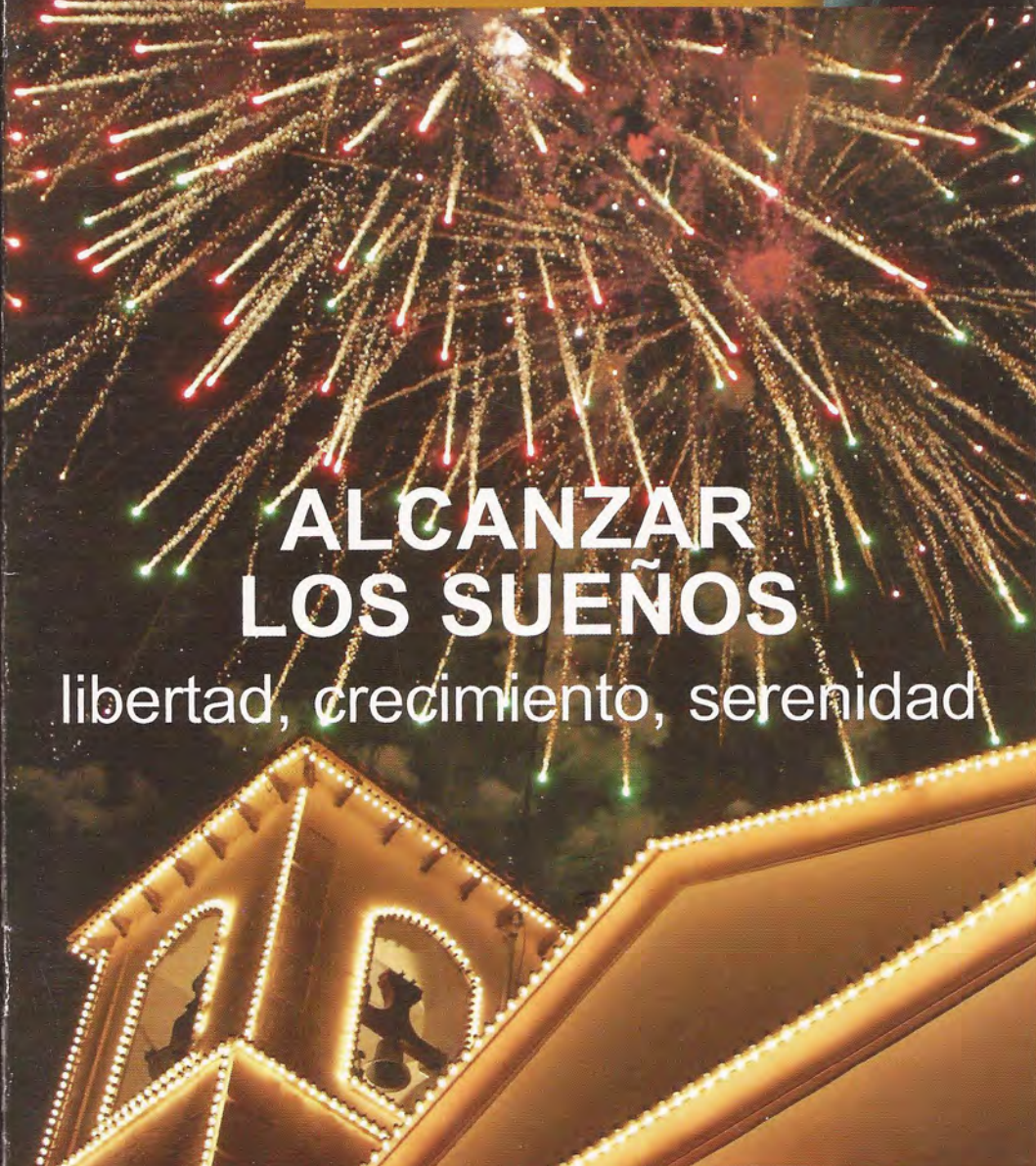
LA PUERTA

Pastoral Penitenciaria,
Orihuela-Alicante. Nº 50
Enero - febrero 2006



ALCANZAR LOS SUEÑOS

libertad, crecimiento, serenidad



Memoria de la campaña de Navidad en la cárcel





SUMARIO

EDITORIAL

De princesas y otros cuentos
Pág. 2/3

La última estación
Pág. 4/5

Entrevista con Julián Ríos
Pág. 6/7

Surcando los moros; perdón, los
mares
Pág. 8/9

Feliz año nuevo
Pág. 10

Recuerdos encadenados
Pág. 11

Sueños de libertad
Pág. 12/13

Descubriendo la
Navidad en la cárcel
Pág. 14/15

La brisa de Dios
Pág. 16/17

Dominando la ansiedad
Pág. 18

Agenda
Pág. 19

Dirige:
Pastoral Penitenciaria,
Obispado Orihuela-Alicante

Colabora:
Universidad Cardenal Herrera-CEU
(Elche)

Concepto gráfico:
Estudio Javier Blasco

DE PRINCESAS Y OTROS CUENTOS

Hace 11 años que la conocí en la prisión de Castellón. El tiempo no pasa en balde y poco a poco ha ido dibujando en su rostro, ahora maltrecho por el paso de la droga en su vida, los pómulos marcados de la que se ha alimentado poco y las ojeras de aquella que pasó mucho tiempo montada a "caballo", soñando con ser una nueva "heroína", o la princesa de un cuento que, de niña, fue escribiendo para evadir los miedos que la intimidaban. Es lo que les pasa a las princesas. Son frágiles.

Sigue siendo coqueta. Hoy está guapa, se ha vestido con sus mejores galas. Se ha pintado los ojos, se ha puesto la mejor ropa, las joyas que aún conserva, y luce un tatuaje en la frente, de esos que llevan las princesas de oriente, de esos que significan no sé qué de la realeza.

Está nerviosa. Esta mañana ha entrado en la Eucaristía del módulo de mujeres. No suele entrar. Hoy es un día especial. Es su día de libertad.

Ha estado graciosa. En las peticiones ha pedido quedarse embarazada. Nos hemos reído, pero intuyo que tras esa caprichosa petición hay una realidad mucho más dura. Lleva años deseando sentirse amada, sentirse valorada, acariciada... ¡Ha deseado tantas veces sentirse querida!

Ha llegado el momento. Celebrando aún la Eucaristía la ha llamado la funcionaria para irse en libertad. Allí, delante de todos, ha dicho que esperara un poco, que la misa no había acabado. Nos ha extrañado. Se ha aferrado a este momento espiritual para pedir con todas sus fuerzas al buen Dios que no la deje sola ahora que tiene que enfrentarse a la calle. La he visto mucho rato con los ojos cerrados y esta vez no era por la metadona. La he visto llorar. Me invade un extraño sentimiento de alegría y miedo. Alegría porque ha llegado para ella un momento tantas veces deseado; miedo porque no sé

cuánto tardaré en volverla a ver. Pido al Dios libertador de cautivos que no sea ella la que dé la razón a ese 65% de reincidencia.

Es curioso. La cárcel es el único sitio donde el deseo no es "que te vaya bien, hasta pronto", sino "muchacha suerte, ójala no te vea más por estas casas". Mis alegrías se cuentan por despedidas y no por reencuentros. ¡Que contradicción!

La hemos ayudado a hacer la selección de lo que podría llevarse. Once años de cárcel han dado para almacenar muchas cosas, muchos recuerdos. El preso se aferra a las cosas que tiene en el *chabolo*, ya que son su particular reino. Once años dan para mucho.

¡Fina!, es imposible que te puedas llevar todo eso'. Hemos almacenado casi todo, menos dos bolsas grandes, en el almacén del módulo de mujeres. Entre sus ropas no he visto nada que tenga que ver con las últimas 11 temporadas de moda en España. El valor de ese paquete reside sobre todo en una escultura pintada con pinturas Pajarita para su hermano que esta "to engachaó" y unos cuantos peluches que ha ido cosiendo en el taller de muñequería que con tanto cariño María y Carmen hacen con las internas. Lleva 5 o 6 peluches que ocupan gran parte de la bolsa. Me hacen imaginarme el reencuentro con los suyos. Y cómo va a ir regalando a su gente no sólo el peluche sino, sobre todo, el cariño condensado en cada uno de ellos.

Salimos a la calle. Ritual de despedida. Siete pasos hacia atrás. ¡Bendita tradición! La llevamos a la estación de tren. Hoy es 31 de diciembre. Hace días que tenemos el

billete. Le doy todas las instrucciones. Me quedo con la sensación de que hay cosas que no entiende. Intuyo que se siente perdida. No es de extrañar. ¡Once años en prisión! ¡Ocho de ellos en primer grado! Todo le parece grande y precioso. Sus ojos se abren como platos, quizás para que entre más luz en ellos. Los muros de la prisión, la falta de mirar al horizonte, van reduciendo la capacidad de visión.

Le compramos algo para comer, le doy dinero, el billete y se lo vuelvo a explicar todo. No podemos acompañarla a donde va.

'En la cárcel las alegrías se cuentan por despedidas y no por reencuentros'

Nos vamos de la estación con un sentimiento fuerte de tristeza. Fina no consiguió contactar con su familia. No sabemos si los encontrará al llegar. No sabemos cómo va a ser la bienvenida.

No sabemos si se comerá las uvas con su familia esta noche, o si alguien la amará hoy. Me quedo intranquilo. Le doy mi número de teléfono. Llevo toda la tarde preocupado. Esta noche ha sido comentario en mi cena de fin de año. Cuán incierta es la libertad a veces.

Feliz año, Fina. Feliz 2006 en libertad. Ojalá puedas ser por fin esa princesa que tantos sueños ha ido bordando en ese ajuar particular que habla de deseos de libertad y de amor. No te dejes vencer por los miedos. ¡Otra vez no!

No me ha llamado, ¿eso es buena señal? Abrazos.

P. Nacho Blasco, director

LA ÚLTIMA ESTACIÓN

Julián, como todo el mundo, tenía sus remordimientos. Cosas que hizo o dejó de hacer, remordimientos que eran como fantasmas y que a veces, en las frías noches de invierno, venían a sentarse al borde de la cama o que lo acompañaban en las largas jornadas de trabajo y lo miraban en silencio. No eran fantasmas de velo blanco flotando al viento, sino de recuerdos. Trocitos de memoria que llegaba flotando en el mar de la monotonía de su casi robótico trabajo en la fábrica.

Uno de esos fantasmas era el remordimiento que sentía por no haber continuado sus estudios. En cierta forma, y aunque jamás nadie se lo había recriminado, pensaba que les había fallado a sus padres, quienes soñaron, como casi todos los padres lo hacen alguna vez, verlo culminar una carrera universitaria.

Pero sobre todo sentía que se había fallado a sí mismo. Y no era que se sintiera fracasado: se había independizado de sus padres, tenía una casa, un trabajo estable y una familia, esposa y dos hijos de quienes era devoto.

Pero aún así sentía el desasosiego de saber que había dejado algo inconcluso. Era consciente de ello, y es, se decía, que cuando se anda por la vida con un mínimo conocimiento de sí mismo, del pasado y de tus actos, la compañía de esos fantasmas es inevitable. Sólo que últimamente, esos remordimientos se habían hecho más frecuentes. Y todo por causa del viejecito...

Solía aparecer puntualmente a la misma hora, todos los días, en la estación de trenes de cercanías. Era un hombre de cierta edad, en la mitad de

los sesenta, el pelo gris y con las señas que deja el tiempo marcadas en su rostro. Vestía pulcramente sus raídas ropas, con esa humilde dignidad que otorga un rasgo especial a algunas personas. Pero lo que más llamaba la atención de él eran los libros que siempre llevaba consigo y su actitud de alegre colegial. Y a su edad eso se notaba. Ejecutaba el mismo ritual todos los días, tanto mientras esperaba el tren como dentro de él. Buscaba el banco o el asiento más apartado y de inmediato abría un libro y se enfrascaba, absorto, en su contenido.

Un día le tocó sentarse a su lado. Llovía, y eso había recortado la distancia, y Julián, por decir algo, con una sonrisa le dijo: 'Lee usted mucho'. A lo que el viejo amablemente, pero con un dejo de ironía contestó: 'No leo. Estudio. Leer es mirar signos y entenderlos.

‘El ser humano tiene un don maravilloso: la oportunidad de intentarlo de nuevo’

Estudiar es usar la inteligencia para aprender algo. Es más interesante'. Y, después de mirarlo unos segundos, continuó: 'Debería usted intentarlo'.

Julián, un poco sorprendido, replicó: 'No sé... no creo que pueda y la verdad es que no tengo tiempo'. El viejecito, sin levantar la mirada, respondió: 'Seguro que no eres tan tonto como pareces y tiempo... tiempo hay de sobra antes de llegar a la última estación'.

Luego, sin decir adiós, bajó en la siguiente parada, dejándolo pensativo y con una sonrisa. A partir de aquel día buscaba sentarse a su lado y notó que, con gesto intencionado, el viejecito

colocaba sus libros en el asiento contiguo para reservarle el lugar. De vez en cuando conversaban en el trayecto y a través de esas conversaciones descubrió que aquel hombre había reencontrado en los estudios lo que él había perdido: una razón más para sentirse mejor y que con su afán de aprender y en la alegría que le producía había descubierto una nueva forma de enfrentar la vida, muy alejada de aquella donde los viejos se sientan a la puerta de casa a ver pasar la vida o narcotizados ante un televisor.

A Julián le agradaba aquel viejo estudiante por muchas razones. Tal vez porque veía en él intenciones e inquietudes tratando de brotar, o quizás fuera por esa mirada intensa llena de vida, que identifica a la persona para quien la vida continúa siendo un reto a los sesenta y cada amanecer una victoria.

Todavía es tiempo, insinuaba el viejecito... Julián se preguntaba si habría un destino predeterminado para cada persona o si era cierto que somos nosotros los que lo construimos. O quizás -se decía- existe un punto en el camino donde se decide nuestro futuro, una acción de un momento determinado, un paso acertado o equivocado en una gran encrucijada...

¿Unas palabras, quizás? Creía que todas las personas en alguna etapa de sus vidas se encuentran con ese momento crucial, instante trascendental en el cual, conscientes o no, se enfrentan al dilema de una decisión que alterará sus vidas para siempre.

Y él percibía que ese instante había llegado y quizás las palabras de ese simpático viejo habían servido de



pistoleto de salida para decidirse. Al día siguiente anunció a su esposa e hijos su firme decisión de volver a estudiar. Y así lo hizo. Aprovechando mejor su tiempo comenzó a estudiar por las noches y después de un tiempo logró matricularse en la universidad. Fueron muchas las veces que se encontró con aquel viejecito y cada vez que sucedía notaba en su mirada cierta alegría, una mezcla de complicidad y orgullo, cuando coincidían en el pasillo de la biblioteca.

Han pasado varios años desde aquellos días. Julián se graduó y es ahora un profesional destacado, tiene su propio despacho y no pasa un día en que no recuerde a aquel viejecito. De hecho, sobre su escritorio se encuentra un libro que le regaló ese hombre quien, al lado de su madre, esposa e hijos, acudió a su graduación.

En su interior reza una dedicatoria escrita por el viejecito con clara caligrafía: 'Querido Julián: ¡Cuán orgulloso estoy de ti! Siempre hay tiempo para poner a cero el contador, porque el ser humano tiene un don maravilloso: la oportunidad de intentarlo de nuevo. Tu padre que te quiere'.

J. R. S (interno)

JULIÁN RÍOS:

‘EL CASTIGO DESHUMANIZA, SE MIRE COMO SE MIRE’

(Entrevista a Julián Ríos Martín, especialista en Derecho Penitenciario: 6 de noviembre de 2005. Fuente: Revista Consumer.es)

Julián Ríos Martín, doctor en leyes, abogado y profesor de Derecho Penitenciario en la Universidad Pontificia de Comillas, es una figura de referencia por su trabajo en el campo de la reivindicación de los derechos de los presos y de la necesidad de reformar las leyes penitenciarias y las medidas carcelarias. Sostiene un discurso en el que mezcla doctrina cristiana y principios revolucionarios como medio para hacer frente a la necesidad de impartir justicia ante el delito. Admite que la reinserción es una medida en la que pocos creen, y para la que la sociedad no está preparada. En estos momentos lleva adelante una iniciativa vanguardista que, bajo el aparatoso nombre de justicia restaurativa, procura la mediación entre víctima e infractor.

Sobre cárceles no gusta leer y no gusta publicar. Sin embargo, es una realidad que afecta a la sociedad, cada vez en mayor medida. ¿Por qué ese ostracismo?

Todo lo que rodea a la cárcel es oscuro. Cruzar el umbral de un centro penitenciario es dar un paso hacia un espacio cerrado en el que la violencia está muy presente y eso, indudablemente, no gusta. Ese sitio, que se supone sirve para que las personas dejen de ser delincuentes, es un mundo en que la primera norma que se debe aprender es la desconfianza, porque resulta clave para sobrevivir. Y no me estoy refiriendo a que la muerte acecha, aunque los datos de suicidios y asesinatos no son halagüeños. Me refiero a que las personas tienen que aprender a funcionar en unos parámetros que sólo sirven para la vida en la cárcel, pero que no corrigen, enriquecen ni mejoran a nadie.

En nuestro sistema legal se admite que, aun con imperfecciones, la cárcel es la manera de castigar al culpable y resarcir a la víctima. ¿Se le ocurren otras formas?

En la actualidad todo está pensado para el culpable. La víctima no es escuchada. El objetivo es castigar sin analizar el porqué. Se dice que es para ofrecer justicia a la víctima, pero en el 80% de los delitos que se cometen, que son contra la propiedad de alguna u otra forma, la víctima no encuentra compensación en el procedimiento ni en la resolución, y si lo hace es a un nivel muy bajo y muy tarde, cuando ya había hecho un gran esfuerzo por olvidar y aprender a vivir superando aquel episodio. Tal como funciona el sistema judicial, la víctima tiene que pasar por el mal trago de acudir a un juzgado, en ocasiones incluso compartir sala con el agresor, soportar la burocracia que no es precisamente delicada, y pocas veces recuperar el bien sustraído. Así la víctima no ve reparado el daño que se le hizo.

También es muy crítico con el castigo.

El castigo deshumaniza, se mire como se mire y aunque se vea como inevitable o como única solución, que pudiera serlo. Pero la realidad es que en muchas ocasiones por este camino no

se consigue el objetivo, si lo que se pretende es ir más allá del castigo, tal y como proclama nuestro Derecho. Además, el peligro de pensar que la cárcel es la solución a problemas sociales como la desigualdad, la exclusión y la precariedad, y que endureciendo las penas se va a lograr mayor seguridad, es que sólo consigue que cada vez haya más cárceles y más presos. Esto sin duda supone un mayor gasto, lo que obviamente motivará recortes en los presupuestos que repercutirán en una menor inversión en educación, la única vía que realmente puede hacer algo por que no haya más presos.

¿Qué es lo que debemos entender cuando la Constitución, los Códigos y las normas judiciales hablan de reinserción?

Si todos tomáramos conciencia de que terminar en la cárcel no es tan imposible como parece, los delitos no nos parecerían tan graves, no tendríamos tanta sed de ser vengados y nos gustaría tener la oportunidad de enmendar el error de otra manera que no fuera pasando por la cárcel. Seríamos más sensibles a lo que sucede detrás de los muros y nos daríamos cuenta de que la reinserción significa dar oportunidades, preparar a las personas que cumplen una pena para que no vuelvan a delinquir, darles razones para no hacerlo, y procurarles medios para evitarlo. Claro que si solicitamos que se haga una lectura en clave de reinserción, antes debemos preparar a la sociedad para aceptar y asumir que ésta es la fórmula que sirve para acoger a quien delinquirió y cumplió su condena. Y esto no se hace. Nadie, en la propaganda política, en los medios de comunicación ni en los programas educativos incluye la explicación del significado y beneficio de la reinserción. Le puedo asegurar que las personas que están en la cárcel no

quieren volver a ella. Un solo día en prisión es suficiente para saber que no se quiere repetir la experiencia. Imagino que si se les procura una alternativa, en muchos casos, eludirían la prisión para siempre.

Una visión un tanto utópica, ¿no le parece?

En absoluto, me tacho de realista. Las investigaciones y la realidad muestran que las cárceles son espacios en los que se consigue doblegar de forma transitoria la voluntad del recluso para imponerle una identidad estigmatizada y culpable. La cárcel le enseña muy bien tácticas de soledad y a olvidar por completo el significado de solidaridad y empatía por el otro. La violencia de una cárcel convierte a una persona, que es un ser social, en un individuo de mercado, solitario y calculador, indiferente a todo lo que no tenga que ver con su propia satisfacción. Si la pena no se basara exclusivamente en la cárcel y se usaran otras vías para recompensar a la víctima y a la sociedad por el delito, reformaríamos a personas y no perpetuaríamos delincuentes.

¿En qué consiste su proyecto de desarrollar la justicia restaurativa?

La justicia restaurativa humaniza y dignifica, porque ayuda a hacerse cargo de su error a la persona que erró y le permite reparar el daño causado. Considera innegociable la dignidad de toda persona al margen del delito cometido, y procura medidas que permiten restaurar el delito, de una forma dialogante y pacífica, no reivindicativa. Se lleva a cabo a través de la mediación penitenciaria, entre delincuente y víctima, introduciendo el diálogo en vez del castigo. En los casos en que la víctima se ha prestado a la mediación, es decir, a conocer a quien le convirtió en víctima, ha manifestado su satisfacción y recompensa.

SURCANDO LOS MOROS; PERDÓN, LOS MARES

Ya no nos inmutamos cuando un día tras otro, como quien se despierta y se dispone a lavarse y vestirse, nos invaden nuestras retinas esas pateras a la deriva; restos de embarcaciones esparcidos por la costa o apestadas barquichuelas de rostros oscuros, aceitunados, despavoridos, asustados.

Un día tras otro, ver esta realidad no nos produce ningún sobresalto, sólo una mala conciencia del primer mundo, un atisbo de compasión y un hipócrita lamento: 'pobrecillos, ¡lo que sufren por buscar un mundo mejor!'. Y ahí acaba nuestra valoración ético-moral.

Hasta hace muy poco, las únicas imágenes marítimas que asomaban a nuestros hogares a través de la antigua pequeña pantalla, eran campeonatos de veleros, remeros esforzados, la Copa América, la puesta de largo marítima de la Casa Real, los pescadores abnegados en plena faena y los mercantes en alta mar. La viva y bella imagen de los barcos surcando el Mediterráneo; pero nos quedaba por llegar a nuestros hogares la negra y horripilante imagen de las pateras que van surcando los moros, perdón los mares.

Hemos cambiado las cajas de sardinas relucientes y los langostinos ordenados por seres humanos amontonados, hambrientos, con la muerte silbándoles cerca, sin futuro cierto y con el miedo adosado a sus carnes. Pero no siempre el barco llega a puerto. A veces la mercancía de ultramar sirve de pasto a nuestros peces... ¿Era ese el mundo soñado por

ellos? Mientras, nosotros, los ricos de mundo occidental, nos afanamos en conseguir ayudas al tercer mundo, congresos de ONG's, maratones televisivos de cooperación, programas de solidaridad, etc. Pero, con perdón y sin *animus molestandi*, ¡esos son brindis al sol frente al problema real! Menos 0.07 del IRPF a la solidaridad, conciertos musicales frente al hambre, ayuda humanitaria, cruces rojas o islámicas de la inmigración, guardias civiles de acogida, *nosecuántos* grupos de acoge y más inversión y programas de desarrollo industrial y agrícola en África, Asia y Sudamérica.

Pero, sobre todo, una clara y decidida fortaleza internacional de expulsar de sus tronos y por todos los medios a regímenes políticos dictatoriales, medievales, autárquicos o *elegidos divinos*. Ellos son también el verdadero freno al desarrollo económico de tantos países empobrecidos y fuente humana de la inmigración actual.

Todo ello consensuado por USA, G-8, CEE y todo el que quiera arrimar el hombro y ¡basta ya de poner tiritas a heridas desgarradas por la injusticia y el hambre! ¡Menos comidas de trabajo y más trabajo para dar recursos propios y de comer a estos pueblos! Hasta que esto no ocurra, y tristemente no parece suceder nunca, no podremos dejar de ser la punta de acogida de una masa de hambrientos del tercer mundo.

Sobra comentar que nuestro desarrollo económico español está íntimamente ligado a la llegada de mano de obra inmigrante. Hemos conseguido

el sueño anhelado, después de largas décadas, de ser y estar en Europa, aunque también conlleva esta avalancha inmigratoria una bolsa significativa de delincuencia que en algunos casos carece de escrúpulos y valoración hacia la propiedad y la vida ajena.

A todos los inmigrantes humildes, honrados y trabajadores que pueblan en la actualidad España es importante hacerles saber por parte de todos los autóctonos que los necesitamos para nuestra evolución y nuestro desarrollo económico, industrial y, sobre todo, personal. Tenemos que superar nuestra ayuda misionera y piadosa para interrelacionarnos con ellos de tú a tú, como uno más. La integración será dificultosa y lenta, pero, como una apisonadora, segura y firme.

También es necesario que toda esa mayoría de personas que han buscado y encontrado un futuro mejor a base de honradez y laboriosidad suprema, sepan respetar las normas de convivencia del lugar que les acoge y, sobre todo, exijan, denuncien, frenen y demanden su exclusión a todos los conciudadanos que, dada la gravedad de sus delitos, no respetan las normas básicas de una sociedad civilizada que les acoge. Será la única forma de desligar de la mente de los españoles de bien la idea falsamente aprendida del binomio delincuencia-inmigración.

La inmensa mayoría de esta población inmigrante es gente trabajadora, solidaria, con todas sus ilusiones en un futuro mejor para los suyos, anhelando y ansiando volver a sus raíces, pero intentando dejar de lado el hambre y las penurias conocidas. Flaco favor les hacen los sujetos de vida profesional delictiva, pues cada noticia



en un periódico sobre delitos muy graves en nuestros pueblos y ciudades son gotas de acero que se incrustan en la mente colectiva asociando el color de la piel, la religión o las costumbres diferentes a la práctica de la delincuencia organizada.

Y son los menos los que no se incorporan al tipo de vida occidental, como sucede en todo proceso normalizado de integración que, aunque lento y laborioso, es imparable. Nuestro país está inmerso en un proceso de ajuste e integración social no exento de problemáticas, choques culturales y atascos lingüísticos, pero en pocos lustros estaremos acomodados los unos y los otros en una realidad más gratificante y placentera si sabemos usar la prevención como instrumento de intervención.

Recordando nuestro mar Mediterráneo puede ser de nuevo un lugar donde nuestras embarcaciones se dediquen a su natural cometido: pesca y recreo surcando los mares no llenos de moros sino de meros.

Manuel Illera, Psicólogo-Educador

¡FELIZ AÑO NUEVO!

¡Feliz año nuevo!
Llevamos varios días
oyendo y repitiendo
esta frase que ya casi
nos sale de forma
automática cuando
nos reencontramos
con alguien que no
hemos visto desde
antes de tomar las
tradicionales doce
uvas. Besos, abrazos
y buenos deseos y
además muchas
intenciones de
cambio en nuestras
vidas o en nuestra
forma de vida.

Un año más por delante, un nuevo reto, trescientos sesenta y cinco nuevos días para compartir con otros, para acompañar, para visitar, para alegrar vidas, para reparar errores, para recuperar amigos, trescientos sesenta y cinco nuevos días para trabajar, para ofrecer nuestro tiempo, para afianzar nuestro compromiso, para visitar al preso.

Se nos vuelve a dar tiempo para seguir caminando, trabajando por aquellos que nos necesitan, y mucho. Se nos da tiempo para que sigamos entrando en las cárceles, visitando a aquellos que están continuamente esperando que pase el tiempo y que pase rápido. Y es precisamente ofreciendo el nuestro como, a veces, consiguen que el suyo pase un poquito más rápido.

Cuando asumimos el compromiso de visitar al preso y a sus familias ponemos nuestro tiempo a su disposición, nuestros días con sus horas y minutos. A veces pensamos y hasta comentamos con los nuestros "qué rápido pasa el tiempo, cómo pasan los años...". Y yo me pregunto: ¿Y los que se encuentran en continua espera? ¿Y los que se hallan en situaciones de sufrimiento, hambre, soledad, abandono...? ¿Cómo pasa el tiempo para ellos?

La vida es un regalo que se nos ha dado y se nos ha dado para compartirla y vivirla con aquellos que se encuentran a nuestro lado y a los que de forma innata queremos, pero también la vida nos ha sido dada para ofrecerla. Para ofrecerla sin miedos y sin restricciones, metiendo a veces la pata, tropezando y cayendo pero volviéndonos a poner en pie y seguir. Para ofrecerla a aquellos para los que el tiempo no pasa, para los que los años van lentos, para que llenemos esos espacios de esperanza, alegría, de amor.

Para todo ello se nos ha dado un año nuevo. Así es que llenemos de contenido este 2006, disfrutemos la vida, vivámosla, compartámosla, pero sobre todo ofrezcámosla. ¡FELIZ AÑO NUEVO!

Mariola Ballester, voluntaria

RECUERDOS ENCADENADOS

Hace ya mucho que pasé aquella etapa anacrónica de mi vida, la estancia en prisión. Aquel vigor de antaño ha dado paso a un pelo cano, pulso impreciso, experiencias y vivencias que, junto a este lago, afloran hoy a mi cano seso. Vivencias que horadaron mi pecho aun esbozando ahora una sonrisa en mis labios. Estúpida pero necesaria mocedad, preámbulo hacia una madurez y senectud estables, seguras, ¿felices?

Aún hoy me asombra lo banal en muchos aspectos de la condición humana; la hipocresía imperante en este sistema capitalista universalizado. Un sistema, éste, cargado de prejuicios y fobias, que atesora multitud de embustes, roles y máscaras que acrecientan ponzoñosamente una crisis de valores además de las diferencias norteamericanas, en pro de una "solidaria" clase media enriquecida.

Recuerdo el ambiente restrictivo de aquella prisión nada más pasar la puerta de ingresos. Un sistema penitenciario jerarquizado que a mi juicio quedaba algo obsoleto, en algunos aspectos, a comienzos del siglo XXI.

Viene a mi mente aquel famoso desgraciado llamado "Chape", que se proveía de tabaco, agua... lo que fuese, pocos minutos antes de volver a la celda. El tal "Chape" enviaba todo un séquito de secuaces sin escrúpulos que escudriñaban el último rincón del pasillo buscando aquello encargado, bajo la máxima "dame tabaco para el Chape", sin duda tipo rico en prisión al cual no tuve el

gusto de conocer y abofetear.

De infancia feliz y juventud caprichosa de aquél que siempre tuvo lo que quiso y cuando lo quiso, allí me veía atormentado por esa sensación que oprime garganta y corazón. Descompensado tormento psicológico y emocional respecto a la levedad del físico.

Cuánto eché de menos acariciar las teclas de este viejo piano, y a mi novia más fiel, la música. Ese arte no tangible que a través de simples vibraciones es capaz de acariciar nuestras más sensibles cuerdas del alma. Capaz de evocar imágenes, sensaciones, alegrías,

lágrimas... Cuántas veces fue mi lamento no poder abrazar a mis seres queridos.

Allí más que en ningún otro sitio es cuando aprecias la hermosura e importancia de todo aquello sencillo y gratuito, que tan

desapercibido pudo pasar antes: un beso, una caricia, una sonrisa. Sólo os diré que una de las mayores alegrías de mi vida llegaría a mí en el mismo instante en que la brisa de la ansiada libertad acarició suavemente mi rostro. Sonríe ahora al recordar hasta alguna crisis de agorafobia poco después de partir, al no divisar muros ni alambradas en el horizonte.

Todo esto tan sólo son recuerdos que guardaba para mí, y que si escribo es únicamente para que recordemos todo lo que hicimos mal; sirviendo como aprendizaje hacia un futuro estable, seguro, ¿feliz?... Un abrazo desde aquí a todos/as los presos/as.



SUEÑOS DE LIBERTAD

Una fría mañana de
invierno (10/01/05) en la
ciudad del Santo Reino
ingresó un joven en la
Prisión Provincial.
Era joven como tú o
como yo.
Era un hombrecito como
otro cualquiera, a veces
feliz, a veces
no tanto.

**‘Cuando un sueño está
solo es triste. Sólo con los
otros es feliz’**

La prisión era gris, grande y siniestra. Él recorría sus pasillos. Conversaba con otros reclusos, incluso con los enfermeros, asistentes sociales y vigilantes. Tomaba el sol junto a sus compañeros en el patio. Descansaba en su "chabolo" y se aburría de todo. Y a veces de nada.

Pero un día llegó un joven doctor y le propuso hacer un test de personalidad con muchas preguntas. El joven leía y respondía. Leía y respondía, hasta llegar a una que decía: '¿Qué es lo más te gusta de tus compañeros?'. Pensó: 'Vivimos en un mundo en el que los sueños son más escasos que el dinero. Por eso lo que más me gusta de mis compañeros son sus sueños'. Eso fue lo que respondió y comenzó a sentir una gran alegría.

La gente puede mirarte a través de sus sueños, se dijo, y, cuando estaba en estos pensamientos, sintió que algo lo empujaba a salir de allí. Esperó a que empezara la noche para ser feliz. Desde el atardecer estaba contento. En un descuido de los guardias logró escapar del lugar donde estaba recluso. Caminó por las calles y avenidas a la espera de que la gente se durmiera, que cada uno comenzara a soñar. Apenas uno lo hacía, le arrebató el sueño. Lo doblaba con mucho cuidado y lo colocaba en un sobre. De ese modo juntó varios



sueños. Otros se fueron volando o se escondieron lejos de su vista. No sabemos si por temor o, simplemente, por jugar con él. Así pasaron días, semanas, un mes.

El joven regresaba al amanecer y por la noche se escapaba recorriendo la ciudad para recoger sueños. Una noche, uno de los sobres quedó mal cerrado y, por él se asomó un sueño. Se veía triste. Abrió los otros sobres y vio que todos los sueños estaban tristes, muy tristes. El joven regresó a la prisión y le dijo a su compañero Ramón: 'Estos sueños están tristes, tenemos que inventar algo para que estén alegres'. En el taller hicieron unos aparatos muy extraños, extrañísimos, con poleas, manivelas, espejos y alas. Los colocó, uno a uno, entre los sueños y éstos comenzaron a volar.

El joven llevó todos los sueños que había guardado. Los sueños volaron por todo el "chabolo" y por los de los vecinos. Pero seguían estando tristes. El joven se sintió tan mal que nuevamente escapó.

Comenzó a caminar por la ciudad.

Caminó y caminó. Y caminando se encontró con los otros sueños, los que se habían liberado o escondido. Y vio que volaban muy felices. 'Cuando un sueño es de uno, está solo, es un sueño triste, comentó. Cuando está con los otros, es feliz'.

El joven regresó. 'Ya sé lo que necesitan los sueños para ser felices', le dijo a su compañero.

Y se pusieron a doblar los sueños. Hacían pequeños paquetes de regalos y los metían en sobres. Luego se llegaron a la oficina del correo y enviaron los sobres a diversos nombres, a distintas direcciones.

A cada sobre, junto al sueño envuelto en regalo, le colocaron un cartelito que decía: 'libérame'. Así lograron que cada sueño compartiera sus sueños con los demás. Y los trocitos de sueños que lograban asomarse por los sobres tenían forma de sonrisa. Sabían que no serían sueños tristes, que no estarían solos: juntos serían el sueño de todos.

A. N. F (interno)

DESCUBRIENDO LA NAVIDAD EN LA CÁRCEL

Llegamos a las 10 horas. El equipo de voluntarios de La Pastoral ya estaba esperando. Para nosotras suponía la oportunidad de compartir unos momentos emotivos con otras personas en un día especial. Para la pandilla liderada por Nacho, la culminación de varias semanas de esfuerzos recogiendo, contando y empaquetando material para los lotes-regalo. Era Nochebuena por la mañana.

Comenzaron los trámites de seguridad. Comprobación de documentos de identidad, acreditaciones, dejar móviles en las taquillas. Paralelamente, una cierta sensación de nerviosismo. Al fin y al cabo estás entrando en la cárcel.

‘Compartir por un rato un trozo de nuestras vidas con los presos en Nochebuena mereció la pena’

Nacho -perdón por la familiaridad, pero es la que él transmite-, cual director de orquesta, empezó a repartir al grupo por módulos. ‘Vosotros al cuatro. Tú con ellos dos a Enfermería. ¿Qué tal mujeres?...’. Las ‘añadidas’ fuimos asignadas al módulo de mujeres para poder compartir un rato con ellas.

Allí fuimos. La primera imagen, con el patio al fondo, similar a la del año pasado. Las funcionarias abrieron las puertas y las internas fueron entrando ordenadamente a recoger los regalos. Algo rápido, excesivamente mecánico, seguramente por exigencias de seguridad. Besos y ‘felices navidades’

apresurados, curiosidad por ver quién tenía qué (aunque el contenido era igual)... precedieron a lo más importante: un rato en el patio.

La mayoría de las internas se hallaba enfrascada en una semifinal de un campeonato de parchís. Por eso, a pesar de lo soleado del día, el patio estaba ocupado por tres o cuatro mesas en torno a las cuales se sentaban algunas presas, menos que el año pasado.

Nos dirigimos a una, la más grande, en la que unas diez internas, que no aparentaban ni siquiera los 18 años, parecían dormitar al sol. Eran preciosas.

Una vez rompimos el hielo, supimos que todas venían de Europa del Este, la mayoría residía en Torrevieja y tenían para algunos meses. Una acababa de tener un *vis a vis*. Otra esperaba visita de su novio. Otra echaba de menos a su hija. Otra, las navidades en su tierra. Algunas no hablaban. Otras se reían ante nuestros comentarios banales. Se quejaban del frío, de la distancia, de lo difícil del día... pero asumían su realidad vital con una madurez sorprendente a sus pocos años.

Tras este encuentro fuimos a cocinas, a dar su regalo a las internas que trabajaban allí. Se emocionaron y nos contaron el menú navideño. Era difícil no compararlo con el que nos esperaba en nuestra casa. Pero afrontaban el día con una aleccionadora alegría.

Tuvimos la oportunidad, también, de ir al módulo IV. La disciplina era todavía más impresionante a la hora de repartir



los regalos. Como inevitable era, a pesar de la premura de la entrega, pensar, cuando uno miraba a cada persona a los ojos, cuál sería su drama interno, qué vida arrastraría, qué expectativas... A cambio no se nos ocurría más que poner la mejor de nuestras sonrisas y expresar con nuestra mirada todo el amor de que éramos capaces. No es suficiente, claro.

Pero, sin duda, lo más impactante fue la visita al módulo de ingresos. Lo primero en lo que nos fijamos fue en la tinta para las huellas.

Allí se respiraba tristeza por todos los rincones. Accedimos a cada uno de los *chabolos* lamentablemente ocupados. Personas desorientadas cogían los regalos y nos besaban sin saber muy bien qué hacían.

Esas imágenes se clavan en el alma. Y uno, desde su cómoda burbuja, no puede evitar preguntarse el porqué de estas situaciones.

La Nochebuena plantea sentimientos intensos y contradictorios. Unos piensan que es un día más; para otros es un día de soledad y de nostalgia, pero para la mayoría es un día especial en que se comparte el tiempo con la familia, la



gente querida. Ese día nosotras sólo podíamos pensar que teníamos la opción de elegir cualquiera de estas posibilidades. O pasar una alegre noche con nuestras familias. O hacerlo pero con un cierto sentimiento de tristeza. O encerrarnos en casa sin pensar en la fecha.

Las personas que esa noche pasaron la Nochebuena en la cárcel no podían decir lo mismo. El rato que estuvimos con ellos fue algo extraño. Desde su punto de vista éramos desconocidas, pero por un ratito compartimos un trozo de nuestras vidas. Mereció la pena.

**Juana, Pilar y Marisa.
Voluntarias por un día**

LA BRISA DE DIOS

Quando uno siente lo que yo estoy sintiendo, cuando uno siente la alegría de la vida, cuando uno ha descubierto el camino de la felicidad, cuando uno se siente lleno, es la brisa de Dios, la alegría de Dios que ha entrado en mi corazón, y lo único que deseo es compartir esa dicha con los demás, y que cada día sean más las personas que la descubran y la disfruten, en ese encuentro diario con la vida de su vida.

‘Dios quiere que tengamos vida abundante, pero nosotros debemos empezar a caminar hacia nuestro conocimiento y los demás’

A Dios no hay que entenderlo, ni comprenderlo, ni verlo, ni es su deber solucionar los problemas de nuestro mundo, pues para eso estamos nosotros que gozamos de plena libertad, tanto para hacer el bien como el mal, y en la medida en que caminemos por la senda del bien y de la generosidad, en la medida en que caminemos hacia los demás, seremos gratamente sorprendidos por cómo nuestra capacidad de ver, sentir, y vivir aumenta y cómo el amor de Dios se va haciendo presente en nuestras vidas. Y esa pequeña parte que nos permite percibir de Él se convierte en un todo tan lleno, tan excepcional, que no es posible de describir en términos racionales.

Queramos o no, Dios está, y está deseando que le conozcamos, le amemos y nos aprovechemos de Él. Para ello hemos de aprender a percibir, a sentir y a disfrutar de esa brisa de su amor que nos transportará a las alturas más insospechadas. Además, si solicitamos su ayuda, su intervención es de una generosidad infinita. Él nunca nos abandona, más bien somos nosotros los que nos alejamos de Él.

Alguien puede llegar a entender cómo es posible que Dios enviase a su propio hijo Jesús a este mundo, para recorrer el calvario y ser crucificado. Porque todos sabemos lo que es un hijo para su padre, y para nuestro Padre Dios no tuvo que ser nada fácil hacer lo que hizo, pero desde su amor incondicional, desde esa generosidad sin límites, lo hizo para mostrarnos el camino de la luz, de la vida y de esa felicidad que nadie nos puede arrebatarnos. Y lo maravilloso del amor de Dios es que con tan sólo un rayo de su luz, descubriremos un torrente de vida. Yo lo sé, muchas personas lo saben. Y como sabemos lo que se están

perdiendo, sólo deseamos que cada día sean más las que sientan esa brisa y frescura de Dios.

No pretendamos entenderle, porque no lo vamos a conseguir; no pretendamos comprenderle, porque tampoco lo vamos a conseguir, pero si abrimos nuestro corazón y empezamos a dar vida a sus bienes, se inundará de ese aire fresco que nos permitirá ver más allá de lo que perciben nuestros ojos, y empezaremos a conocer y a sentir el amor de Dios. Él quiere que tengamos vida y de un modo abundante, pero nosotros tenemos que empezar a caminar hacia nuestro conocimiento y hacia los demás.

En ocasiones, nuestra ambición desmedida, nuestra envidia y egoísmo, nos mantienen secuestrados, encarcelados, anulando lo que realmente somos e incapacitándonos para conseguir lo que realmente queremos. Disponemos de los conocimientos y sabemos lo que necesitamos para vivir y encontrarnos con la vida y, sin embargo, somos como no queremos. Necesitamos que nuestros conocimientos y esa inteligencia de la que a veces presumimos, nos lleven a descubrir esa sabiduría que nos ayude a aplicar bien lo que sabemos, para que nuestra vida se encuentre con la vida, con la brisa de Dios.

Yo sé que Dios existe, aunque no lo vea, al igual que sé que existe el aire aunque tampoco lo vea. Éste me mantiene vivo, pero Dios, a quien siento en mi corazón y en mi vida, me colma de Vida y me hace sentir bien esté donde esté y haga lo que haga, capacitándome



para descubrir y disfrutar más y más de los bienes que nadie me puede arrebatar. Para descubrir, sentir y disfrutar de Dios no se necesitan grandes cosas. Y eso es lo grandioso, porque Dios se hace presente en la sencillez de cada día, en ese esfuerzo diario por dar vida a nuestro quehacer cotidiano, en el camino hacia los demás. Cuando realmente descubrimos a Dios en nuestra vida, cuando realmente le sentimos, qué poco necesitamos para tenerlo todo. Se descubren tantas maravillas cuando uno siente su brisa...

Yo sé que estás. Y, aunque no te vea y algunas veces tenga dudas en mi vida, siento tu presencia porque quiero que así sea; yo sé que estás y, aunque no te vea, con el sólo hecho de ponerme a caminar hacia tu encuentro, te siento a mi lado y me facilitas el recorrido.

José Antonio Gálvez Velasco
Parroquia Divina Pastora

DOMINANDO LA ANSIEDAD

Una gran parte de la felicidad consiste en la satisfacción que producen los deseos realizados y que están salpicados con gotas del bien.

Cuando acudimos a nuestra conciencia sobre los actos a realizar, puede ser que aún sin quererlo la situación se nos escape de las manos con su consiguiente frustración y tan sólo por no pensar profundamente algo tan simple como ¿qué queremos para nuestra vida?

‘La verdadera esperanza se adquiere con la paz interior, cuando aceptamos que lo bueno llegará cuando deba’

Si obramos teñidos con la desesperación que producen las ideas falsas y nos dejamos engañar por ellas, incurrimos en error y nuestra impaciencia hará el resto.

Pero no son las ideas falsas sino la desesperación lo que nos aterra y no nos deja ver las cosas con claridad.

Los infortunios de la providencia son aquellos que se nos escapan a cualquier explicación y debemos aceptar para nuestra evolución y libertad individual de conciencia.

Pero los infortunios creados por ideas falsas que te esclavizan y tiranizan son la moneda de pago - muy cara por cierto- que nos impide observar, ver, leer ese lenguaje no escrito en las señales del camino, del invisible camino que no es sino el de transcurrir en esta vida, sí, esta vida en la que hay que sentirse vivo.


La verdadera esperanza que se adquiere con la tranquilidad, con la paz interior, se posa en nuestro ser cuando dejamos de volar entre el humo de artificio, aceptando que lo realmente bueno llegará cuando deba llegar y no cuando queramos como los niños, reconociéndonos los errores cometidos.

Y no tiene por qué ser a los demás sino a nosotros mismos.

Creo humildemente que sólo así la grata compañía de la esperanza nos recordará siempre cómo esperar cada vez, dominando la ansiedad.

Enrique G. (interno)

AGENDA



1.- La campaña de Navidad: "Doble condena. La mujer presa" ha tenido, un año más, la acogida que esperábamos por parte de la Iglesia Diocesana de Pastoral Penitenciaria. Gracias por hacernos sentir cómo es fundamental acompañar al hermano preso y, sobre todo, en su proceso de reinserción a la vida en libertad.

2.- Se celebró el IX Encuentro Ecuménico de Pastoral Penitenciaria en la sede de la Iglesia Evangélica Española en Alicante el 19 de enero a las 19 h. Nos reunimos unos 40 voluntarios de distintas confesiones cristianas. Fue una excelente oportunidad para, desde el ecumenismo, orar por los presos y por la libertad.

3.- El día 31 de enero se reunieron los voluntarios de la prisión de Villena en sesión formativa. Reunión de coordinación y de organización de los últimos cambios que se están produciendo en la pastoral de la prisión de Villena.

4.- A mediados de febrero se celebraron en Madrid las XVIII Jornadas Nacionales de capellanes de Pastoral Penitenciaria. Desde esta diócesis se harán presentes 5 capellanes de las 3 prisiones de la provincia, que reflexionarán con el resto de capellanes de España a propósito de los distintos ámbitos de la Pastoral Penitenciaria en torno al tema: Retos sociales y Pastoral Penitenciaria.

5.- El próximo día 11 de marzo tendrá lugar la segunda sesión práctica de formación de voluntariado de Pastoral Penitenciaria, a cargo de Luisa Iborra, psicóloga. Sin duda este curso está ayudando a que seamos conscientes de cuáles son las herramientas con las que contamos para desarrollar nuestro trabajo en prisión con mayor calidad.



***'Donde no hay amor, pon amor y
sacarás amor'***

San Juan de la Cruz